

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - Nº 153 5/5/2023

VARGAS LLOSA PERIODISTA LA PASIÓN Y LA CRÍTICA



VARGAS LLOSA PERIODISTA LA PASIÓN Y LA CRÍTICA

Cinco gruesos volúmenes reunirán, de manera temática, los principales artículos escritos por Mario Vargas Llosa a lo largo de más de sesenta años. Lector y espectador apasionado y disciplinado, el periodista que es también Vargas Llosa ha sabido compartir en centenares de textos una privilegiada información sobre el mundo y la cultura, con la agudeza crítica que lo caracteriza. El ensayista colombiano Carlos Granés* está a cargo de tan esperada compilación. Aquí, fragmentos de su prólogo al primer tomo de la *Obra periodística*, que lleva por título *El fuego de la imaginación*.

Libros, escenarios, pantallas y museos (Madrid, Alfaguara, 2002).

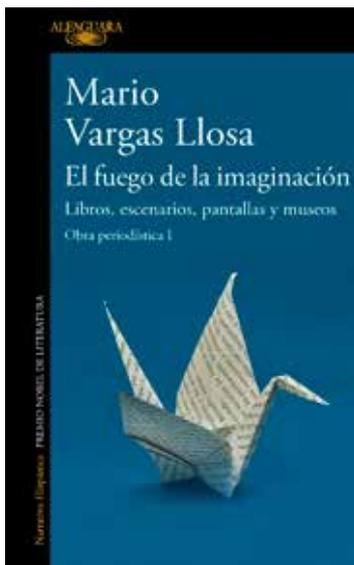
LEER Y ESCRIBIR FICCIONES

No exageraba aquel 7 de diciembre de 2010 cuando dijo que lo más importante que le había ocurrido en la vida, a los cinco años de edad, había sido aprender a leer. Mario Vargas Llosa se dirigía a los académicos suecos que habían premiado con el Nobel su abrumadora carrera literaria, esos miles de páginas que a lo largo de medio siglo había escrito con un vuelo y un pulso y una técnica fuera de lo común, y las primeras palabras que salían de su boca rendían un pequeño homenaje al cura cochabambino que le había revelado el secreto oculto en los caracteres del alfabeto.

No era un gesto gratuito. Vargas Llosa estaba señalando el vínculo íntimo, de sobra conocido, que hay entre la lectura y la escritura, y de alguna manera reconocía que su oficio como escritor había derivado espontáneamente de esa pasión lectora. No me lo invento yo, él mismo lo dijo: «Las primeras cosas que escribí fueron continuaciones de las historias que leía». Solo talentos muy extraños y particulares -pienso en el poeta Mayakovsky- surgen de la nada, sin insumos literarios ni referentes estéticos que formen la sensibilidad o contagien el interés por la escritura. Y ese, claro está, no era el caso de Vargas Llosa.

Más bien todo lo contrario: el suyo era un vicio precoz. A él se entregó impunemente desde que sus facultades se lo permitieron, y en él sigue recayendo en edades serias y respetables con un interés y dedicación crecientes. Quien haya tenido el privilegio de ojear alguna de las bibliotecas que fue sembrando por el mundo, sabe perfectamente que cada libro que pasa por sus manos recibe un comentario y una calificación, y que no le tiembla el pulso ni la retina a la hora de enfrentarse a los quince, veinte o treinta tomos de las obras completas de algún autor, de los que analiza la estructura y la trama de sus novelas, o en los que sopesa y pelea cada uno de sus planteamientos. Su más reciente empresa lectora lo corrobora: los cerca de cien títulos que componen las obras de Pérez Galdós.

Pero lo sorprendente no es tanto la cantidad o el número de libros que ha leído Vargas Llosa, sino su forma de leer, la savia o la esencia que extrae de cada novela o de cada ensayo que acapara su atención. Uno podría pensar que la lectura es un simple pasatiempo elevado, un vehículo a la cultura o un hábito placentero, y sí, desde luego que es todas esas cosas, pero para Vargas Llosa es algo más. Esto es importante entenderlo. Leer no es algo que se hace al margen de la vida, cuando se suspenden las actividades o se



tiene tiempo libre. Nada de eso. La lectura para Vargas Llosa es parte de la experiencia, más aún: es una manera de prolongar la vida y de llevarla por lugares improbables, incluso peligrosos, que enriquece de la misma forma en que lo haría una gran aventura o una gran pasión.

En otras palabras, no se lee para descansar de las ocupaciones que impone la existencia. Se lee para todo lo contrario: para vivir más, para gozar más, para transgredir las limitaciones del tiempo y del espacio a las que se ve sometida toda vida humana. Y cuando digo «se lee», también podría decir «se ve», porque una buena obra de teatro o una buena serie de televisión pueden tener el mismo efecto. Se leen y se ven ficciones para salir de sí mismo y vivir lo que de otra manera sería imposible de experimentar.

Una carencia profunda y trágica nos persigue. Tenemos muchos más deseos, ambiciones y apetitos de los que podemos satisfacer. Nuestra condición real siempre palidece ante la imagen ideal que tenemos de nosotros mismos. No nos alcanza la vida, la existencia concreta es poca cosa comparada con todo lo que nos gustaría ser y hacer, con todo lo que nos gustaría experimentar y lograr. Y por eso existen novelas, menos mal, pues en ellas podemos refugiarnos para compensar esas carencias y vivir esas vidas que en suerte o en desgracia nos fueron negadas, que no nos tocaron, que no fueron la nuestra.

Esta verdad profunda se le reveló a Vargas Llosa muy pronto en la vida. La literatura respondía a la insatisfacción del ser humano, a la frustrante imagen de una existencia limitada por los compromisos y la vida en sociedad. Sumergiéndose en las ficciones, viviéndolas, el lector podía satisfacer de forma vicaria pulsiones turbulentas, anhelos antisociales, ansias de trascendencia. De la manera más impune, sin poner en riesgo nada ni a nadie, podía meterse en la piel del asesino, del perturbado o del justiciero. Mientras contáramos con esa ventana de escape a otros mundos y a otras vidas llenas de intensidad, de aventura, de pulsión, incluso de maldad, nuestros anhelos más salvajes se verían domados y nuestros vecinos podrían dormir tranquilos.

El asunto crucial era entonces la insatisfacción humana. Como explicó en otro célebre discurso, «La literatura es fuego», pronunciado en 1967 al recibir el premio Rómulo Gallegos, nadie que estuviera satisfecho de sí mismo o adaptado al mundo encontraría motivos para negar lo existente inventando una realidad ficticia. Se leía y se escribía por una razón similar, porque la literatura era un acto

de rebelión. Contradecía la realidad real -la obra de Dios, si se quiere- imponiéndole una realidad ficticia que la corregía, la desmentía o la transfiguraba con los añadidos subjetivos del escritor: sus demonios y obsesiones. Aquí afloraban las inclinaciones románticas de Vargas Llosa, que ya se habían manifestado en su conspicua curiosidad por el malditismo y en la pasión desmedida que siempre ha sentido por Victor Hugo. Marginal, rebelde, contradictor, deícida, arquitecto de obras totales: esa fue la visión del escritor con la que dio sus primeros pasos y fraguó sus primeros éxitos literarios {...}.

Más que cualquiera de sus contemporáneos, Vargas Llosa se preocupó por entender los mecanismos que generan esta ilusión y por afilar las herramientas literarias más útiles para crear ficciones ambiciosas, sólidas y persuasivas. La amplia selección de artículos y ensayos sobre autores latinoamericanos, franceses, estadounidenses, españoles y de otras nacionalidades que componen la segunda sección de este volumen, demuestra que la lectura atenta de los otros le sirvió para encontrar diferencias y afinidades con su propio proyecto {...}.

UNA VIDA COMO ESPECTADOR

Aunque la lectura y la escritura han sido las ocupaciones principales de Vargas Llosa, al arte, al teatro, al cine, y más recientemente a las series de televisión, también les ha dedicado considerable tiempo e interés. Es bien sabido que su primer amor no fue la novela, sino la dramaturgia, y que el primer texto consistente que salió de sus manos fue *La huida del Inca*, un drama que él mismo dirigió y presentó en Piura a los quince años de edad. De haber habido una escena teatral fuerte en el Perú, muy probablemente esa hubiera sido su primera opción, las tablas, los textos para ser interpretados, pero no fue el caso {...}.

Ese amor pospuesto por el teatro fue compensado durante muchos años con una asistencia asidua a los escenarios, y con piezas periodísticas en las que comentaba las obras que más le habían interesado. Desde muy joven Vargas Llosa se convirtió en un espectador obstinado, atento a las nuevas propuestas escénicas y a las corrientes teóricas e ideológicas que nutrían las vanguardias de los sesenta. Con los años llegó a sentarse frente a los escenarios y las pantallas unas cuatro o cinco veces por semana. Agotar las carteleras de teatro y de cine, verlo todo de la misma forma en que intentaba leerlo todo, no era un reto desagradable ni difícil. Menos aún si las exposiciones, las obras y las películas -también las exhibiciones de arte- se convertían en el tema de las columnas que desde París o Londres escribía para los medios peruanos. La tercera, cuarta y quinta parte de este tomo dan cuenta de esa febril actividad como crítico cultural, una faceta menos conocida en su trayectoria intelectual, que sin embargo arroja interesantes reflexiones para entender la evolución estética e ideológica de las sociedades occidentales {...}.

En cuanto al campo de las artes plásticas, su labor crítica no ha sido menos ambiciosa ni constante. Los grandes genios individuales, esos creadores que alumbraron el siglo XX con su furia y descontento, atrajeron siempre su atención. Entre ellos Picasso, desde luego, un artista en el que Vargas Llosa admiró siempre su capacidad para reinventarse, transgrediendo todos los estilos, incluso los que él mismo había inventado, sin por ello negar sus deudas con el pasado ni perder un hilo de continuidad con la tradición artística. Eso mismo fue lo que Vargas Llosa se propuso hacer en el campo literario. Vivir la turbulencia del siglo XX,



Vargas Llosa en el Museo del Prado, Madrid, 2019. Foto: *El País*

dejarse atravesar por los cismas modernos -el apremio por la experimentación, la innovación formal y la transgresión- y sin embargo contraer deudas enormes con las grandes obras narrativas del siglo XIX. Para Vargas Llosa era muy importante vivir a fondo su época; desafiarla, incluso, con innovaciones artísticas, pero no por ello iba a negar o a perder la estela de la tradición.

Las críticas que Vargas Llosa empezó a hacer en los noventa al arte contemporáneo derivaban de esa forma de entender la cultura. Obliterando por completo el pasado, como había ocurrido en la plástica a partir de Marcel Duchamp (en uno de los ensayos recogidos en la sexta parte, el escritor se preguntaba en qué consiste su famosa genialidad), se arrasaban por completo los criterios que permitían juzgar una obra de arte. El éxito de las creaciones empezaba a depender de factores externos, como el escándalo, la propaganda, el mercado, la teoría o las supuestas críticas, no del todo descifrables, que una obra hacía a los males de la sociedad, pero desde luego no de la obra en sí ni la manera en que continuara o desafiara una tradición. Sin ningún criterio y sin ningún referente que permitiera emitir juicios sustentados, la impostura ganaba terreno a la dedicación y al genio {...}.

Lo que sigue de aquí en adelante son las reflexiones maduradas a lo largo de una vida dedicada a la lectura de novelas, a la contemplación del arte, del teatro y del cine. No solo el testimonio entusiasta de intensas horas de placer o de digestiones felices después de haber leído o visto los frutos de la fantasía. También es una aproximación comprensiva a la condición humana, a su mundo subjetivo -sus valores, conflictos, deseos, anhelos y preocupaciones- y a la manera en que han dejado su huella en la historia. No sé si el futuro se pueda leer en la palma de la mano, en los pozos de café o en los arcanos del Tarot. El presente, en cambio, y de esto no tengo dudas, se puede intuir en el fuego de la imaginación. Y ni siquiera hace falta ser un mago o tener poderes para ello. Basta -y este volumen lo demuestra- con ser un lector y un espectador apasionado y crítico.

*Nacido en Bogotá, en 1975, es doctor en antropología por la Universidad Autónoma de Madrid y la Universidad de Berkeley. Ha publicado *Delirio americano* (2022) y otros libros de ensayos.

En la portada: Vargas Llosa en Londres, 2007. Foto de Fiorella Battistini.



EL APORTE NARRATIVO DE AUGUSTO HIGA OSHIRO

El escritor Augusto Higa Oshiro (Lima, 1946) falleció el pasado 28 de abril, pasando a integrar la lista de autores peruanos cuyos natalicios o decesos ocurrieron en ese mes especialmente significativo para las conmemoraciones de las letras nacionales. Higa Oshiro era hijo de una pareja de jóvenes migrantes japoneses que había dejado su natal Okinawa para establecerse en la capital peruana. Allí, en una calle o jirón del antiguo centro histórico, nació el futuro escritor, quien pasaría luego sus años juveniles en el barrio popular de El Porvenir, en el distrito de la Victoria, en un hogar bilingüe, donde la lengua nipona se confundía con el español criollo y los distintos giros de la población andina recién establecida en los mismos lares.

Higa Oshiro fue, desde adolescente, un ávido lector de la literatura urbana que irrumpía entonces en el país e iría marcando su propia escritura. Ingresó luego a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde estudió literatura y conoció a algunos escritores que serían más adelante sus compañeros de correrías literarias, en particular en el grupo *Narración*, integrado por Oswaldo Reynoso, Antonio Gálvez Ronceros, Miguel Gutiérrez, Gregorio Martínez, Juan Morillo Ganoza, Luis Urteaga Cabrera y otros autores. En 1977, aparece su primer libro de cuentos, *Que te coma el tigre*, marcado por la tónica realista y el conflicto social. Una década más tarde publica una segunda colección de relatos, *La casa de Albacelleste*, y, en 1993, es editada su novela *El final del Porvenir*, en la que narra el inútil combate de los residentes de un edificio condenado a la demolición, en el lugar donde él mismo había residido durante sus años formativos.

En la década de 1990, Augusto Higa Oshiro decide migrar al Japón, pero no tarda en volver a Lima, donde da a conocer su libro testimonial *Japón no da dos oportunidades* (1994). Esta publicación marca, en cierto modo, una nueva etapa en su obra literaria, en la que los temas vinculados a su condición de *nisei* pasan a tener una presencia gravitante. A ese período pertenece la más celebrada de sus novelas, *La iluminación de Katzuo Nakamatzu* (publicada en 2008 y reeditada en 2015 por la Asociación Peruano Japonesa), el libro de cuentos *Okinawa existe* (2013) y sus dos últimas ficciones narrativas: *Gaijin* (2014) y *Saber matar, saber morir* (2014), en la que vuelven a la carga personajes marginales, inmersos en sórdidas y dramáticas circunstancias. Ese mismo año se publican también *Todos los cuentos* de este genuino creador, que enriqueció las letras peruanas con un aporte inconfundible.

AGENDA



MAYELA LLOCLLA, ACTRIZ Y CANTANTE

Nacida en Lima, en 1986, Mayela Lloclla Núñez se preparaba para iniciar estudios de canto lírico en el Conservatorio Nacional de Música cuando inició una carrera paralela como actriz, que le ha permitido tener roles estelares en series televisivas como *Dina Páucar: la lucha por un sueño* (2004), *Por la Sarita* (2007) -en la que encarna a Sarita Colonia, veneranda figura de la devoción popular peruana-, *Yo no me llamo Natacha* (2011) o *El último bastión* (2018), además de participar en telenovelas como *Dos hermanas* (2020) o *Luz de Luna* (2020) y de haber actuado en una serie de películas y obras de teatro. La actriz no cejó, sin embargo, en su vocación por el canto, prueba de lo cual es su primer videoclip, «Como el río», de reciente aparición. Mayela Lloclla tiene también un rol destacado, junto a la actriz española Aitana Sánchez-Gijón en *La costurera*, nueva película del director trujillano Daniel Rodríguez Risco cuyo rodaje está en marcha.

<https://www.youtube.com/watch?v=XArHqtNhtok>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe